bautismo, antes de los exorcismos, la profesión de fe y las demás ceremonias (véase Vicecom. *Op. laud.*, l. II, c. 17), y esto dentro del bautisterio, como aparece en varios pasajes de Orígenes (*In ep. ad Rom.*), de San Ambrosio (*De iis qui myst. init.*, c. 2, *et lib.* I *Sacram.*, c. 2) y de San Cirilo de Jerusalén (*Catech.*, I, *myst.*). Para pronunciar esta renuncia, el catecúmeno era puesto en un lugar elevado, á fin de que los asistentes pudiesen oirlo. Esto es lo que Tertuliano nos dice de su propio bautismo (*De pall.*, V).

Pero una circunstancia que puede en primer término parecer extraordinaria, nos ha sido revelada por los antiguos Padres, y, en particular por el autor del libro de la Jerarquía eclesiástica (c. *De bapt,*) y por San Gregorio de Nacianzo (*Orat.* XL, *de bapt.*), y por Elías de Creta al comentar el libro de la Jerarquía: que el renunciante, al ser despojado de sus vestidos, y esta, por lo menos, es la opinión común de los intérpretes de la antigüedad, aparecia en un estado de completa desnudez. También se asemejaba á un atleta llamado desde este momento á combatir con temibles enemigos, *quasi athleta Christi*, dice San Ambrosio (l. I, *Sacram.*, c. 2), *quasi luctamen hujus sæculi luctaturus*; y para hacer más sorprendente esta semejanza, los catecúmenos, en el acto de la renuncia, entrelazaban sus manos como para empeñar un combate simulado: *Stant, figuram certaminis explicantes..... manus complicantes* (*Concil. Cpt.*, V, *act.* I).

Esta desnudez era también una protesta contra el orgullo que perdió á los demonios, á los cuales renunciaba el neófito, y una manera de mostrar que pretendía despojarse del viejo hombre y renunciar á todas las cosas del mundo.

Debemos decir, sin embargo, que San Cirilo de Jerusalén, en su segunda Catequesis mistagógica (n. II), supone con toda evidencia que el catecúmeno no estaba *completamente* despojado de sus vestidos sino en el momento de entrar en las fuentes. Hasta allí guardaba su túnica, y para la renuncia sólo se había quitado el calzado y su vestido de encima. Pero dentro de las fuentes, la desnudez era completa. «¡Oh cosa admirable, dice este Padre: habéis aparecido desnudo á la vista de todos, y no habéis sentido vergüenza por ello! ¡Es que reproducis la imagen de nuestro primer padre Adán, que en el Paraíso estaba desnudo y no se sonrojaba!»

El neófito se mantenía de pie, con la cara vuelta y la mano extendida hacia el Occidente, como hacia la región que habita el *Espíritu de las tinieblas*, cuyo yugo sacudía (Cyril. Hieros. *Catech.*, I, *mystag.*). San Jerónimo (*In Amos*, VI) expresa también lo mismo con claridad: *In mysteriis primum renuntiamus qui in occidente est.*

IV. La fórmula antigua de la renuncia era casi idéntica á la que se usa todavía hoy.

Hemos visto más arriba la de las *Constituciones apostólicas*. En sus obras, los Padres mencionan otras que no difieren en nada esencial.

San Ambrosio (l. I, *Hexam.*, c. 4): *Abrenuntio tibi, diabole, et angelis tuis, et operibus tuis, et imperiis tuis.* San Crisóstomo (*Homil.* XXI *ad pop. Antioch.*): *Abrenuntio tibi, Satane, et pompæ tuæ, et cultui tuo.* San Jerónimo (*In cap.* V, *Matth.*): *Renuncio tibi, diabole, et pompæ tuæ, et vitiis tuis, et mundo tuo, qui in maligno positus est.*

Parece que los adultos pronunciaban su renuncia en una simple invitación. Pero los niños, ó en su defecto sus padrinos, respondían á las preguntas que les dirigía el exorcista (Johan. Beleth. *De divin. office.*, c. XC), y probablemente, al menos en la Iglesia latina, según la fórmula contenida en el sacramentario de San Gregorio, que no es otro que el del ritual romano vigente hoy: *Abrenuncias Satanæ?* Resp. *Abrenuncio.—Et omnibus operibus ejus?* Resp. *Abrenuncio.—Et omnibus pompis ejus?* Resp. *Abrenuncio.*

Recomendación apremiante se le hacía en seguida para que no olvidara sus obligaciones (Ambr. *De iis qui myst. imit.*, c. 41): *Memor esto sermonis tui, et nunquam tibi excidat tuæ series cautionis*, «acuérdate de las palabras que acabas de pronunciar, y que nunca olvides tus obligaciones».

La presencia de numerosos testigos se exigía además como garantía de fidelidad, según el precepto de San Pablo que hemos visto más arriba explicado por San Jerónimo.

Además, estas obligaciones estaban consignadas en un libro *ad hoc* (véase el artículo *Matrícula*), del que ha dicho San Ambrosio (*loc. laud.*): *Tenetur vox tua non in tumulo mortuorum, sed in libro viventium*, «tu palabra se ha escrito, no en la tumba de los muertos, sino en el libro de los vivos.» Agreguemos estas líneas tan notables de San Agustín (lib. IV. *Ad catechum.*, c. 1): *Diabolo vos renunciare professi estis; in qua professione, non hominibus, sed Deo, et angelis ejus conscribentibus dixistis: Renuncio*, «habéis hecho profesión de renunciar al diablo; luego en esta profesión, no es á los hombres, sino á Dios y á sus ángeles que han escrito (vuestras obligaciones), á quienes habéis dicho: «Yo RE»NUNCIO!»

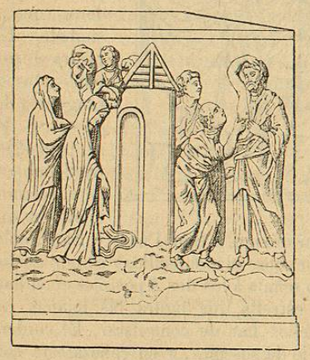
Sobre la importante materia objeto de este artículo, recomendamos á los lectores que lean íntegramente la primera Catequesis mistagógica de San Cirilo de Jerusalén.

RESPONSO.—Véase el artículo *Oficio divino*, apéndice 4.°

RESURRECCIÓN DE NUESTRO SEÑOR.—Raras veces se ve este asunto en nuestros antiguos monumentos, y siempre

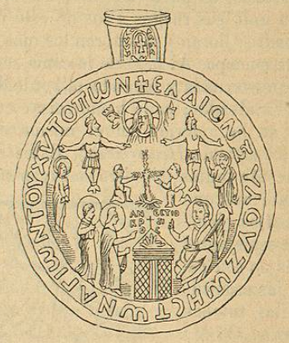
aparece encubierto bajo formas místicas. He aquí el tipo ordinario: Dos soldados de pie están apoyados sobre sus escudos, y en medio de ellos se eleva, ya el monograma rectilíneo, ordinariamente gemado, como se le ve en un fragmento de sarcófago del Vaticano (Perret. *Catac.* V. Frontispicio), ya una cruz que lleva en la parte superior una corona en la cual está inscrita la misma inicial, como sobre el sarcófago de San Piato (Le Blant, t. I, pág. 303); este es exactamente el mismo tipo que el de una lámpara antigua publicada por Giorgi (*De monogram. Christi*, pág. 10), con la única diferencia de que en la base de la corona hay una tablita que tiene la inscripción del *labarum:* EN ΤΟΥ || ΤΩ ΝΙΚΑ. También se hallaba el mismo asunto en una tumba de mármol que existió en Nimes, en otra descubierta en Manosque, y por último, en un sarcófago de Soissons (véase Le Blant. *Op. laud.*, pág. 304).

Una tumba de la cripta de San Maximino (*Monum. de Santa Magdalena*, I, 466) presenta al Salvador bajo el arco que forma la entrada de su sepulcro, en forma de santuario, tendiendo la mano derecha, en señal de alocución, hacia los dos soldados, de los cuales, uno se apoya con una mano sobre su escudo, y en la otra tiene una lanza. El sarcófago de San Celso, en Milán (Bugati. *Mem. De S. Celso*, página 242, tav. I), ofrece una representación más completa todavía de la resurrección del Salvador, como puede verse aquí. Las dos



Marías están de pie delante de la tumba, cuya puerta tiene la forma de una torre. Una de estas dos mujeres, con la cabeza baja, contempla y señala con la mano el sudario del Señor, que se halla colocado sobre el umbral, circunstancia que en el texto sagrado (Joan., XX, 5 y 6) se atribuye á San Juan y á San Pedro; la otra levanta los ojos al cielo y ve al ángel que baja para anunciar la resurrección (Matth., XXVIII, 5). Detrás del monumento está Tomás, prosternado delante de su divino Maestro y tocando con el dedo la herida de su costado.

La resurrección está representada, pero de una manera algo diferente, en uno de los interesantes relicarios que San Gregorio el Grande mandó á la reina Teodelinda para sus hijos (véase Mozzoni. *Tab. di stor. eccl.*, VII, 79). Nuestro Señor, cuyo cuerpo despide rayos luminosos en medio de brillante nube, se presenta á María Magdalena, que se arrodilla á sus pies. El jardín está figurado por árboles y una fuente. Una de las ampollitas de la misma procedencia, ofrece encima del sepulcro una inscripción griega de un estilo algo bárbaro, que significa *Christus resurrexit* (Mozzoni, ibídem, pág. 84, fig. c.). A un lado del edículo un ángel, al otro las dos Marías. He aquí este interesante monumento, que hemos dado ya en otro sitio de esta obra con otro objeto. El mismo asunto está grabado en un medallón



que ha publicado Münter (*Symb.*, pars. I, tab. I, n. 4), y el sentido se halla también determinado por la palabra ANACTACIC allí inscrita. Como hemos dicho, este asunto es raro; ordinariamente está reemplazado por la figura de Jonás, libertado después de tres días de cautiverio en el vientre del monstruo marino, y algunas veces por Sansón llevando sobre sus hombros las puertas de Gaza (Buonarr. *Vetri.*, tav. I, figura 1). Directas ó emblemáticas, estas representaciones sobre las tumbas eran uno de los numerosos resultados del sistema cristiano primitivo, consistente en procurar sin descanso la desaparición de *las tristezas de la muerte, así como el decaimiento que la vista de la tumba inspira á nuestra naturaleza*, mediante imágenes de resurrección y símbolos de esperanza.

RESURRECCIONES.—Además de la resurrección de Lázaro, con tanta frecuencia representada en los monumentos de la Iglesia primitiva (véase el artículo *Lázaro*), encontramos en los bajos relieves de los sarcófagos (Aringhi, II, 399.—Cf. Bottari., III, 181) ciertos asuntos que recuerdan las demás resurrecciones llevadas á cabo por Nuestro Señor. El monumento á que nos referimos aquí, presenta dos niños desnudos, uno de pie, es decir, resucitado ya, el otro tendido en tierra,

todavía visiblemente inmóvil, y á quien el Salvador toca con su poderosa vara.

Una urna sepulcral de San Maximino (Millin. *Midi de la France.*, pl. LXVI, 1) ofrece la resurrección de la hija del príncipe de la sinagoga. Esta joven está tendida en su lecho, rodeada de la multitud de parientes y amigos que hacían los primeros preparativos de los funerales, y Nuestro Señor le toma la mano para levantarla: *Tenuit manum ejus* (Matth., IX, 25). Pero antes se ve á Jesucristo sentado, y al padre de esta joven prosternado á sus pies: *Princeps accessit et adorabat eum*, diciéndole: «Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, tocadla con la mano, y ella vivirá,» *Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum super eam, et vivet* (ibíd., 18). Otras dos personas, de pie á cada lado del Salvador, parecen unir sus ruegos á los de este infortunado padre; lloran y se cubren los ojos con un paño de su capa. Al lado de la cama se ve una mujer prosternada y tocando el borde del vestido del Salvador; es la hemorroisa, cuya curación se ha referido en el mismo capítulo (véase el artículo *Hemorroisa*). Estos dos milagros están juntos, siquiera se hayan sucedido seguidamente uno á otro. Los ejemplos de semejantes uniones no son raros en las esculturas de las tumbas antiguas. Otros sarcófagos de la Galia presentan la resurrección de Tabitha por San Pedro (véase el artículo *Tabitha*).

El grabado que damos aquí ofrece el mismo hecho, según San Lucas (VIII, 59 sig.). Le hemos dado la preferencia porque la escultura, tomada de un sarcófago del museo de Letrán, es de un estilo mejor, y porque, según el relato de este evangelista, sin fiar nada á la fantasía, presenta únicamente las personas que Nuestro Señor había admitido: el padre de pie detrás de la cama de su hija, la madre prosternada á los pies del Salvador, y los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan (v. 51): *non permisit intrare secum quemquam, nisi Petrum, Jacobum et Joannem, et patrem et matrem puellæ*. Se notará que la cabecera de la cama termina en forma de pez ó de delfín, como la del camistrajo del paralítico en otro bajo relieve romano (Bottari, CXCV). ¿Debe verse en este detalle la intención de significar que, por la curación de los males físicos, Jesucristo preludia ya su gran papel de Salvador de los hombres? (Véase el artículo *Pez*.)

RÍOS (Los cuatro).—Nuestro Señor está con frecuencia representado en los monumentos antiguos, ya en persona (véase Bottari, tav. XVI y *passim*.—Millin. *Midi de la France*, atlas., pl. LIX, *passim*), ya bajo el emblema del cordero (Buonarruoti. Vetri., tav. VI y *passim*), de pie sobre una colina de la cual salen cuatro arroyos. Estos son, según varios intérpretes, los cuatro ríos del Edén, que, saliendo del Paraíso terrenal, regaban las cuatro partes del mundo (*Genes.*, II, 10 seqq.); otros Padres (Cyprian., ep. LXXIII. *Ad Julian.*—Beda. *Expos. in Genes.*, II.—Theodoret. *In psalm.*, XLV.—Ambros. *De paradis.*, c. III) ven en ellos los cuatro Evangelios, que proceden de la fuente de la vida eterna, y llevan al universo entero la abundancia y la fertilidad de la doctrina de Cristo. Esta última interpretación no nos parece dudosa en el monumento que ponemos á la vista del lector en la página siguiente, y que presenta á la vez al Salvador en persona, y al cordero, que es su símbolo. Es una piedra sepulcral publicada por Marangoni (*Append. ad act. S. Victorini*, pág. 42). Nuestro Señor se ve allí en el solemne momento en que confía su misión á San Pedro y San Pablo; está de pie sobre el montecillo, y con un gesto imperioso señala á los dos Apóstoles en el horizonte una estrella que figura las lejanas regiones que ellos han de conquistar. El cordero está debajo de sus pies, y su cabeza está coronada por la cruz; y por último, en la base del montecillo corren los cuatro ríos evangélicos, cuyos beneficios estaban encargados de repartir los Apóstoles, uno entre los Judíos, el otro entre los gentiles, figurados en este mismo monumento por los corderos que salen de las dos ciudades místicas, Belén y Jerusalén (véase el artículo *Iglesia*). Los cuatro primeros concilios ecuménicos, que la antigüedad puso con tanta frecuencia en paralelo con los mismos Evangelios, son algunas veces comparados también á los cuatro ríos del Paraíso terrenal. En las instrucciones á su clero, Jesé, obispo de Amiens en el siglo VIII, se sirve de esta

comparación para dar á conocer la veneración que se debía á estas augustas asambleas (Longueval. *Hist. de l'Égl. gallicane.*, t. V, página 144).

Algunos sarcófagos de la Galia (Millin. *op. laud.*, pl. LVIII, 4, LIX, 3, XXXVIII, 8) figuran, bajo el emblema de dos ciervos que acaban de apagar su sed en estas fuentes, los hombres que participan de las aguas vivas del Evangelio y también de las de la Eucaristía, que corren hasta la vida eterna (véase el artículo *Ciervo*). También se ven los dos ciervos en algunos mosáicos, el del antiguo Vaticano, por ejemplo (Ciampini. *De sacr. ædif.*, tab. XIII). San Ambrosio considera también los cuatro ríos como el emblema de las cuatro virtudes cardinales (*loc. laud.*). Como quiera que sea, este asunto era en extremo popular en la primitiva Iglesia; se encuentra constantemente, ya en los frescos de las catacumbas, ya en las esculturas de los sarcófagos y los fondos de copa en ellos recogidos, ya, en fin, en los mosáicos de las basílicas: figuraba en el que describe San Paulino (*Epist.* XXXII. *Ad. Sever.*) y en el que menciona Floro, diácono de Lión (Mabill. *Analect.*, edit. París, folio, pág. 416). —Véase también Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXVII, XLVI, XLIX, LII, etc.). Para explicar é ilustrar este pasaje de San Paulino,

Petram superstat ipse petra Ecclesiæ
De qua sonori quatuor fontes meant,

Rosweide (*Not. in Paulin.*, 158) cita el mosáico de San Juan de Letrán y el sarcófago de Probo y Proba, según los dibujos de Bosio. Spon refiere (*Recherches curieuses*, pág. 34) que los cuatro ríos del Paraíso terrenal estaban representados en mosáico bajo forma humana, y con sus nombres debajo, en el pavimento de la catedral de Reims.

ROGATIVAS.—Véase el artículo *Letanías*, n. 1.

ROSARIO.—I. Desde los tiempos más remotos, y en todas las religiones (Cicer. *De Nat. deor.*, lib. II), encontramos la costumbre de repetir á menudo la misma oración. La causa de esto ha sido el ser instintivo al hombre suponer que una oración que se repite puede más bien conmover á la Divinidad, que una oración aislada. Las doctrinas del cristianismo han venido á dar la razón á este instinto; en veinte pasajes del Evangelio asegura Jesucristo que el corazón que no deja de suplicar, consigue todo lo que pide.

El hombre que en medio de la noche va á pedir tres panes á su vecino para calmar el hambre del huésped que se le presenta, no consigue este beneficio sino á fuerza de perseverancia y de importunidad (Luc., XI, 8): «Y si este hombre continúa llamando, yo os aseguro que cuando su vecino no se levantase para darle el pan por ser su amigo, se levantaría, por lo menos, á causa de su importunidad, y le daría todo el pan que necesitara.» En el jardín de los Olivos, el Salvador mismo repitió tres veces la misma oración, y en los mismos términos—*Eumdem sermonem dicens* (Matth., XVI, 44). Es indudable que los Apóstoles y los primeros cristianos repetían con frecuencia la oración dominical, puesto que, interrogado por ellos, el Salvador no les enseñó otras fórmulas: *Sic ergo vos orabitis: Pater noster.....* (Matth., VI, 9). Esta era seguramente la oración que San Bartolomé, según una antigua tradición, repetía cien veces cada día con otras tantas genuflexiones.

Al reproche de superstición dirigido con este motivo á los primeros cristianos, reproche repetido contra los católicos por los innovadores, respondía Lactancio (*Instit.*, l. IV, c. 28): «Si es bueno orar una vez, ¡cuánto mejor no es hacerlo á menudo! Lo que decís en la primera hora, ¿por qué no lo decis todo el día, etcétera? Las oraciones multiplicadas son méritos, no ofensas», *si enim semel facere optimum est, quanto magis sæpius!*

Esta práctica se propagó, sobre todo, entre los anacoretas de los primeros siglos. Para no interrumpir el trabajo manual que se les tenía dispuesto, y que, además, era su único medio de vivir, aprendían de memoria ciertas oraciones, principalmente los salmos, y los repetían un número determinado de veces dentro del día. Respecto á los que no sabían leer, aprendían la oración dominical, ú otras fórmulas cortas y fáciles de retener; y al repetirlas en cada una de las horas fijadas por la Iglesia para la salmodia, se reunían de la única manera que les era posible en el oficio divino. Esta oración fué llamada por esta causa *psalterium Christi* (véase Alan. *Apolog. ad Henric. episc. Tornacen.*).

Paladio, discípulo de Evagro, refiere, entre otros hechos de este género, que el abad Pablo, que habitaba en el desierto de Scete, en monte Fermo, no trabajaba sino lo necesario para ganar su pan de cada día, y pasaba el resto del tiempo en oración, recitando las mismas fórmulas hasta trescientas veces, tributo cotidiano que pagaba fielmente á Dios, dice Sozomeno (*Hist. eccl.*, l. VI, c. 29.—Pallad. *Hist. Lausiac.*, c. XXIII).

II. Dada tal práctica, se comprende que era necesario un instrumento ó método mnemónico cualquiera, para contar estas oraciones. Además, para no olvidar ninguna de estas trescientas oraciones que se había impuesto, *trecentas preces expressas et præstitutas*, el mismo Pablo tenía en un paño de su vestido trescientas piedrecitas, *totidem habens in sinu calculos*, y cada vez que pronunciaba una de estas oraciones, tiraba una de estas piedrecitas, *et in unaquaque oratione jaciens unum calculum.* El griego ψηφίς, traducido aquí por *calculus*, designa propiamente esos pequeños cubos de piedra con los cuales se hacían antiguamente los mosáicos, y que hoy, por lo general se sustituyen con pastas de vidrio.

Si tal expediente era indispensable al santo anacoreta para auxiliar su memoria, todavía lo necesitaba más aquella virgen que, según el testimonio de San Macario (Pallad., c. XXIV), recitaba setecientas veces cada día la misma oración. Y el mismo San Macario, si bien no repetía la suya sino cien veces, porque trabajaba siempre orando, no habría podido cumplir exactamente este oficio sin el auxilio de un medio material y sensible.

La práctica de que acabamos de dar algunos ejemplos, se hizo vulgar, no sólo entre los solitarios, sino también entre los simples fieles.

III. Muy difícil sería determinar en qué época se introdujo el uso de las coronas ó rosarios propiamente dichos, que se componen de cierto número de cuentas perforadas y atravesadas por un hilo ó cordón. Los datos que poseemos en la materia no se remontan más allá de los primeros años del siglo IX. En el canon X. del Concilio de Celchyt, en Inglaterra, celebrado en 816, se hace mención de un objeto llamado *beltidum*, que Spelman creyó ser el rosario ó corona (Spelm. *Ad concil. Brit. gloss.*, t. I, pág. 171). Al tratar de las oraciones que debían hacerse á la muerte de un obispo, dice este canon que «cada obispo ó abad recitará sesenta salmos, celebrará ciento veinte misas y dirá en alta voz un *beltidum* de *Pater noster* (véase Mabillon. *Præf. ad sec.* V. *Benedict.*, n. 125). Vemos que no se trata aquí sino del *Pater noster*, que debe recitarse cierto número de veces, según los alcances del instrumento en cuestión, y no de la salutación angélica, cuya fórmula definitiva no fué acordada hasta el siglo XI (Mabillon, ibíd.).

Pero que este *beltidum* corresponde al objeto que hoy llamamos rosario, es lo que nos parece imposible comprobar. El canonista inglés, para defender su opinión ha recurrido á la etimología, y quiere que esta palabra venga del sajón *belt*, que significa *cingulum*, «cinturón, corona». Du Cange (ad voc. *Beltis*) rechaza esta interpretación y asegura que el rosario (la palabra y la cosa) es posterior en varios siglos.

Difícil sería negar, sin embargo, que la palabra *beltidum* designa un instrumento destinado á contar las oraciones, y está probado que era de muy frecuente uso en el siglo XI. En esta época, en efecto, los grandes señores tenían estos *beltida*, cuyas cuentas, eran no de boj, sino de piedras preciosas. Guillermo de Malmesbury (lib. IV, c. 4. *De pontif.*) refiere que Godeba, mujer del conde Leofric, fundador del monasterio de Coventri (1040), y que se distinguía por una gran devoción á la Santa Virgen, en el momento de su muerte suspendió al cuello de una imagen de María el círculo de piedras preciosas, *circulum gemmarum*, que ella había ensartado en un cordón y que tenía costumbre de ir corriendo con sus dedos, al recitar una oración, tocando cada cuenta, á fin de que no resultara omitida, *ut in singularum contactu, singulas orationes incipiens, numerum non prætermitteret.* Las gemas que formaban esta corona estaban apreciadas en cien marcos de plata, al decir de Mabillon (*Ann. Benedict.*, lib. LVIII, n. 69).

En un curioso cuadro pintado, según las apariencias, hacia el principio del mismo siglo, y que representa los funerales de San Efrén (véase Bottari, t. III, *in init.*), se ven unos monjes que llevan rosarios en la mano ó colgados á su cintura (véase el grabado de nuestro artículo *Ermitaños*).

Si creemos al cardenal Alano, arzobispo de Malinas en el siglo XVI, el uso de estas coronas existía ya en tiempo de Beda, en el siglo VII: se suspendían de los muros de las iglesias de Inglaterra, para el servicio del público (Alano, *loc. laud.*).

ROSAS.—Véase el artículo *Flores*.

S.

SACERDOTES.—Los que ocupaban el segundo grado de la jerarquía eclesiástica fueron, desde el principio, llamados entre los Griegos πρεσβυτεροι, lo que equivale á *seniores*, «ancianos», no tanto por su edad como por su cordura, su sabiduría y su doctrina; la Iglesia latina, para designarlos, adoptó también el nombre de *presbyteri*. Decimos *desde el principio*, porque en la parte más antigua del hipogeo de Lucina se ha encontrado un fragmento de inscripción griega, que enuncia en abreviatura este título eclesiástico, ΠΡ (πρεσβυτερος): lo que prueba que esta palabra estaba ya tan arraigada en los usos de la epigrafía en el siglo II, que bastaba designarla con estas solas cifras, ΠΡ (véase De'Rossi. *Roma sott.*, t. I, pág. 342). Se les llamó también *sacerdotes*, por las cosas sagradas, *a sacris*, en que están llamados á ocuparse.

I. El primer oficio del sacerdote es el de *ofrecer* el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo. El epitafio de un sacerdote llamado Marino, hallado en San Gervasio, hace mención del cargo sacerdotal de distribuir la Sagrada Eucaristía á los fieles, y elogia á dicho sacerdote por su asiduidad en desempeñarlo. (Véase Le Blant. *Inscr. chrét. de la Gaule*, t. II, pág. 90):

HOC IACET IN TVMVLO SACRA QVI MYSTI
CA SEMPER DIVISIT POPVLIS PIETATE
HONORE DECORVS
QVEM NEMVS AELYSIVM MARINUM
CONCLAMAT OMNE

Hay aquí una expresión que podrá causar alguna sorpresa: tal es el *nemus Ælysium*, «el bosque Elíseo», tomado del estilo mitológico para designar la mansión de los escogidos. Pero, como hace observar el sabio editor, no es ésta la vez primera que se hace mención de los Campos Elíseos en los textos y en los monumentos cristianos: tenemos de ello notabilísimo ejemplo en el cementerio de los Haliscamps (Campos Elíseos) en Arlés. Se sabe que en la antigüedad cristiana, y muy particularmente en las inscripciones funerarias, el Paraíso se asemeja con frecuencia á un jardín lleno de árboles y de flores, lo que no desdice mucho del NEMVS ÆLYSIVM de la inscripción de San Gervasio (véase nuestro artículo *Paraíso*), *viridarium arbores habens rosæ*, leemos en las actas de Santa Perpetua. El segundo oficio del sacerdote es el de *bendecir*. Por eso San Efrén dice en cierto lugar (*Serm. de timore Dei*): «Honra á los sacerdotes, para que la bendición de su boca descienda sobre ti». San Antonio se inclinaba ante los sacerdotes como ante los obispos, para recibir su bendición. El tercer cargo del sacerdote es el de *presidir* las asambleas cristianas en ausencia del obispo, debiendo ocupar, cuando éste está presente, el primer puesto después de él. El cuarto es el de *predicar*, pero sólo en virtud de delegación del obispo, que es el primero y esencial ministro de la palabra divina; por eso en la ceremonia de la consagración del obispo se coloca sobre sus hombros el libro de los Evangelios (véase el artículo *Predicación*). El quinto oficio del sacerdote es el de *bautizar*, cuya facultad implica la de administrar aquellos otros sacramentos que no están reservados al obispo.

El sacerdote tenía el derecho de sentarse en la iglesia con el obispo, lo que estaba prohibido al diácono, con la diferencia, sin embargo, de que el obispo ocupaba un sitio elevado llamado *thronus celsus*, mientras que el del sacerdote se llamaba *trhonus secundus* (véase el artículo *Cátedra*). Los sacerdotes se colocaban en semicírculo á los lados del prelado; por eso las *Constituciones apostólicas* (lib. II, cap. 3) les dan los nombres colectivos de *spiritualis corona*, *circuli presbyterii*, *corona Ecclesiæ*. En las capillas é iglesias de las catacumbas, se ven aún los asientos de los sacerdotes, así como la cátedra episcopal, tallados en piedra en el fondo del ábside (véase Marchi. *Monum. delle art. crist.*, tav. XXXVI), y la misma disposición se observa en todas las antiguas basílicas de Roma, en la de San Ambrosio de Milán, y muy especialmente en la de Nola, la que, respecto á este particular, se conserva hoy tal cual la hizo construir San Paulino. En las ordenaciones, tenían el derecho de imponer las manos á los nuevos sacerdotes (*Concil. Carthag.*, IV), y numerosos monumentos del siglo IV y siguientes prueban que se sentaban en segunda línea en los concilios provinciales, y que suscribían sus definiciones después de los obispos.

La corporación de los sacerdotes asignados á cada iglesia llamábase entre los Latinos *presbyterium*, y entre los Griegos se designaba con el nombre equivalente, πρεσβυτέρον, y también συνέδριον τοῦ πρεσβυτέριον, «asamblea de presbíteros», *senatus Ecclesiæ*, *senatus Christi*, *consiliarii episcopi*, *consilium Ecclesiæ*. Desde los primeros siglos hasta el V, los sacerdotes y los diáconos no formaban con el obispo más que un cuerpo; ellos constituían su senado, y, sirviéndonos de la expresión del Papa Siricio